

LA POESÍA DE CARMELO RODRÍGUEZ TORRES

**CARMELO RODRÍGUEZ
TORRES POETRY**

*Miguel Ángel Náter, Ph. D.
Universidad de Puerto Rico
Correo electrónico: marielsie.núñez@upr.edu*

Resumen

En este artículo se analiza y expone la poesía del poeta puertorriqueño Carmelo Rodríguez Torres incluida en su único libro de poemas publicado, *Minutero del tiempo*, así como el corpus de su obra dispersa publicada en revistas que custodia el Seminario Federico de Onís de la Universidad de Puerto Rico. En ella, Rodríguez Torres desarrolla dos vertientes, una poesía comprometida políticamente y una poesía metafísica afiliada al existencialismo.

Palabras clave: Poesía, *Minutero del tiempo*, Carmelo Rodríguez Torres, poesía comprometida, existencialismo

Abstract

This research analyzes and exposes the poetry of Puerto Rican poet Carmelo Rodríguez Torres, included in his once poetry book published, *Minutero del tiempo*, and the corpus of his another poetry published in reviews that Seminar Federico de Onís of University of Puerto Rico preserves. In this poetry, Rodríguez Torres develops two sources: a compromised poetry, and metaphysic poetry linked to Existentialism.

Keywords: Poetry, *Minutero del tiempo*, Carmelo Rodríguez Torres, compromised poetry, Existentialism

Recibido: 20 de marzo de 2018. Aprobado: 24 de mayo de 2018.

Según Jorge María Ruscalleda Bercedóniz, en la revista *Mester* se publicaron dieciocho poemas de Carmelo Rodríguez Torres (1941-2016), quien, a su vez, era miembro de la inicial Junta de Redacción de esa publicación, junto con Billy Cajigas, Juan Inés Crespo y el mismo Ruscalleda Bercedóniz (115). Entre esos poemas, se encuentran algunos que pertenecían al libro posteriormente publicado, titulado *Minutero del tiempo* (1965), a saber: “Yo soy una criatura de mis ansias”, “Caminos” y “Ya saldrán los soles rompiéndome las sienas”; otros pertenecían al libro titulado *Incisos y tropezones*: “Inciso IV” y “Tropezón III”. Este libro no llegó a publicarse.

En carta dirigida a Concha Meléndez en 1973, Rodríguez Torres se refiere a un “librito” de sus versos de estudiante, libro que cataloga como “muy malo”¹. No sabemos a ciencia cierta a cuál libro se refiere. Sobre *Incisos y tropezones*, Ruscalleda afirma lo siguiente en carta dirigida a Rodríguez Torres:

Después de los afanes de borincanía que atraviesan las páginas de tu *Minutero del tiempo* (1965) y los poemas de profunda holgura lírica y asentamiento patriótico aparecidos en *Mester*, pones en mis manos este nuevo conjunto de versos: *Incisos y tropezones*.

No me cabe la menor duda que, luego de haber disfrutado la lectura de tus poesías aparecidas en nuestra revista, puedo concluir –sin temor a equivocarme–, que la literatura puertorriqueña cuenta con una nueva sensibilidad de grandes promesas artísticas, cuyos alcances podrían ser extraordinarios. (1969, 22)

No obstante, también publicó poesía en la revista *Bayoán*, donde se incluyen “Difícil soledad”, “Esposa” y “Yo anuncio una voz”. Manuel de la Puebla, por su parte, recoge en el segundo volumen de su antología titulada *Poesía militante puertorriqueña* (1979) tres de los poemas pu-

¹ Ver, carta del 3 de mayo de 1973 en el *Epistolario Concha Meléndez* del Seminario Federico de Onís.

blicados en *Mester*: “Antilla”, “Tropezón III” y “Cuba”². Por otro lado, en el homenaje que rinde a Juan Antonio Corretjer la revista *Versiones*, dirigida por Luis A. Rosario Quiles, específicamente el primer volumen de la segunda época, se incluye un poema de Rodríguez Torres, titulado “Lo escribió Corretjer”. Josefina Rivera de Álvarez indica que Rodríguez Torres publicó trabajos diversos en los diarios capitalinos *El Mundo*, *El Imparcial*, así como en *Vanguardia Universitaria Liberal* y en la revista *Prometeo* (1389).

Poco se ha escrito de la poesía de Rodríguez Torres. Más se ha destacado su narrativa³, sobre todo la novela titulada *Veinte siglos después del homicidio* (1971), centrada en la defensa de la jurisdicción política de la Isla Nena (Vieques) frente a la siempre amenazante presencia de Estados Unidos en Puerto Rico⁴.

Valdría la pena echar una mirada a esa poesía, producto de las ansias revolucionarias del grupo de escritores que ha dado en llamarse generación del 60. En entrevista con Víctor L. Ruiz Rivera, Rodríguez Torres define esa “generación” del siguiente modo:

La generación del 60 es la vanguardia de la expresión literaria de nuestro pueblo, es la reacción más clara y firme a los anteriores movimientos desde el punto de vista político e intelectual. Por primera vez se le pierde el miedo a la palabra que por tanto tiempo el amo había tenido amarrada y nos la escondía, haciéndonos creer en falsos prejuicios, enconados tabúes y tonterías lingüísticas. Jamás generación anterior había tenido un compromiso tan estrecho entre pueblo y literatura. Se sacó la poesía de los ateneos, las universidades y las instituciones amañadas que reclamaban para sí el uso y manejo exclusivo de las artes. La genera-

² Puede consultarse Manuel de la Puebla (ed.). *Poesía militante puertorriqueña*. Volumen II. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1979; pp. 165-168.

³ La narrativa de Rodríguez Torres incluye: *Veinte siglos después del homicidio* (1971), *Cinco cuentos negros* (1976), *La casa y la llama fiera* (1982), *Este pueblo no es un manto de sonrisas* (1991), *Vieques es más dulce que la sangre* (2000). Para un estudio de su obra narrativa, ver Evelyn Rosas Soto. *El mundo circular en la narrativa de Carmelo Rodríguez Torres: La tragedia de Vieques*. San Juan: Editorial LEA, 2007.

⁴ Para un análisis de esa novela, puede consultarse de J. Luis Couso Cadahya, “Un ejemplar de la novísima novela puertorriqueña”, *Memorias del Cuarto Congreso de la Nueva Narrativa Hispanoamericana*, Universidad del Valle, Cali, Colombia, 1974; pp. 51-53.

ción del 60 llevó su quehacer artístico a las plazas públicas, a los caseríos, a los arrabales; escribió en la lengua del pueblo, le cantó al dolor y a la angustia de los sufridos, en fin se identificó con la tragedia que vive nuestro pueblo. De ahí que la generación de los sesenta mantenga una persistente actitud elegíaca, un anti dogmatismo religioso, un compromiso marxista y una ausencia de escrúpulos expresivos (religiosos, políticos y morales). Esta generación –a la cual pertenezco– aunque aún está en proceso formativo representa una gran esperanza y tiene, a mi modo de ver, una gran oportunidad de sacar nuestra literatura de las fronteras nacionales y llevarla a insospechados linderos universales. (Ruiz 5)

Como señala el mismo escritor a Déliz Piñeiro, la década del sesenta representó el inicio de su quehacer literario, sobre todo como poeta (1B). Si bien la caracterización de la generación del 60 que presenta Rodríguez Torres revela la conciencia clara de sus revoluciones de actitudes vanguardistas, el reclamo del lenguaje del pueblo y sus vivencias, la afinidad por lo colectivo y la evasión de las academias y los ateneos –actitud que ya la vanguardia de principios del siglo XX había tomado como conspicuo gesto de batalla–, resulta curioso que no se trata de una ruptura con las generaciones precedentes, sino una continuidad, especialmente en el aspecto de apertura a la literatura hispanoamericana y universal, como lo destacaba la crítica más importante de ese entonces en ese campo de estudio, Concha Meléndez, sobre todo de la “promoción del cuarenta” –como la definía René Marqués en su famosa antología *Cuentos puertorriqueños de hoy* (1959)– (1973, 8), pero particularmente “[...] por su alerta posición ante el cuento como arte y la aplicación de novedades técnicas [...]” (1970, 10).

Para Rodríguez Torres, esa actitud de renovación técnica y de contenidos representó una respuesta a la crítica central del ensayo de Antonio S. Pedreira, *Insularismo* (1934): “En los últimos años –después del triunfo de la Revolución Cubana–, las miras de nuestra literatura se han hecho más amplias y hemos ido saliendo de aquel insularismo del que tanto hablaba el maestro Pedreira” (Ruiz 5). No se trata de una oposición al discurso pedreriano, sino todo lo contrario. Rodríguez Torres se vale

del aliento principal que mueve el planteamiento central de Pedreira, que la Generación del 30 –sobre todo su crítica literaria– dejó en la búsqueda de las raíces patrias, tildando como “desarraigadas” aquellas obras que no buscaran el alma puertorriqueña, “dispersa” como la pensaba Pedreira. Es lo que sucede en el discurso crítico de Francisco Arriví y Angelina Morfi –por tomar dos ejemplos– cuando enjuician las obras de teatro de Manuel Méndez Ballester⁵ y Jesús María Amadeo⁶ respectivamente. Sin embargo, Rodríguez Torres asume el proyecto del maestro –Pedreira– atendiendo ambas facetas de su discurso: búsqueda de lo patrio, de lo popular puertorriqueño, pero, a la vez, búsqueda de lo universal. Se trata de la crítica que Pedreira esgrimía contra el criollismo provinciano al estilo de Félix Matos Bernier y Luis Muñoz Rivera: “Hay que eludir el contagio del aislamiento y aclararle los vínculos a nuestra soledad. También formamos parte de eso que llaman «universo» y es necesario cultivar nuestras letras de adentro para afuera para que tengan vía franca” (Pedreira 77).

Aquí nos limitaremos a exponer, además del libro *Minutero del tiempo*, la producción poética de Rodríguez Torres no recogida en su único libro de poemas, dispersa hasta hoy en revistas (*Bayoán*, *Mester*, *Versiones* y *Claridad*), aunque solamente nos centraremos en los ejemplares que custodia el Seminario Federico de Onís del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico.⁷ Daremos cuenta, además, de la bibliografía sobre la obra del autor que aparece en la sección O (Clips) de nuestra sala de lecturas, que incluye recortes periodísticos y artículos de revistas útiles para el estudio de los diversos aspectos de su labor artística. Primero, aparecen algunos poemas en la revista *Bayoán*, dirigida por Luis Hernández Aquino. En ella, una variedad de voces poéticas del momento se aglutinan con la poesía de Hernández Aquino, Josemilio González, Margot Arce de Vázquez, los poetas del grupo “Guajana”, además de las voces más destacadas de la poesía en Puerto Rico desde las vanguardias en diálogo con la poesía española e hispanoamericana en voces como Marta Jara (chilena), Alberto Barasoain y Jesús Tomé (españoles ambos), por ofrecer algunos ejemplos.

⁵ Ver, Francisco Arriví, “Teatro de Manuel Méndez Ballester”, *Teatro de Manuel Méndez Ballester*, tomo I, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1991; p. 11.

⁶ Ver, Angelina Morfi, *Historia crítica de un siglo de teatro puertorriqueño*, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1980; p. 247.

⁷ Sobre las revistas literarias de su tiempo, se ha expresado Carmelo Rodríguez Torres en

De Rodríguez Torres hemos observado tres poemas publicados en *Bayoán* entre 1966 y 1967. “Yo anuncio una voz” reclama una voz universal para la liberación del mundo:

Desde un punto cualquiera del mundo
ha de levantarse la alta voz.

Voz como de libro,
de panfleto herido,
o de pluma fuente
que sepan hablar.

De Roma, de Suiza,
de China, Vietnam...

Que anden las palabras
sobre muchos mundos.
Hay hambre de porcelana mental
y de desiertos,
y de piedras,
y de aguas
que se dibujan en mapas de azúcar
y agua de jabón.

Voz de la solapa del intelectual,
mezquina bestezuela sin domar.

Ha de levantarse,
y hará polvo y sangre el cariño ingenuo
que ha cebado el mundo
desde ayer a hoy.⁸

“Difícil soledad” anima un tema central de la poesía de Rodríguez Torres en este momento: la casa como espacio existencial en el cual el sujeto lírico se ausculta como ser en el tiempo, afín al existencialismo tal como

el artículo “Nuestra realidad literaria”, *Mester*, año I, número 5, 1968; pp. 18-20.

⁸ Carmelo Rodríguez Torres, “Yo anuncio una voz”, *Bayoán*, números 19-20, 1966; p. 11.

lo define en su momento Martin Heidegger en *Ser y tiempo*. La casa es espacio de la reminiscencia en la cual el tiempo –y la conciencia de él– se observa en relación con el devenir y la eventual muerte, la cual se atisba en el símbolo de las Parcas que hilvanan la vida humana:

Difícil soledad la de esta casa,
quiere beber el centro del amor,
posarse en mi columna de recuerdos
hablar conmigo en mi cansada voz.

Por el cielo encolado de pasquines
anda la tarde silenciosa y yo,
¿qué huerto habré sembrado?
¿qué río lleva mi canción?

Todo un mundo ha crecido en mi ventana:
ayer, mañana, hoy;
meditando la aguja del recuerdo,
difícil soledad la de mi voz.

Amargo crucigrama habrá en el cuarto,
quién sabe si hay un niño de cartón,
pajaritas de telas o periódicos:
hay noches que no tienen corazón.⁹

En “Esposa...”, su mejor poema de este momento, se percibe la casa nuevamente como espacio de la intimidad y de lo cotidiano, entendidos como elementos imprescindibles para la comunión entre los amantes. En ella, se identifica la mente del yo lírico. Mente y casa tienen la misma función de albergar a la mujer amada, la esposa, en luminosa presencia contra la oscuridad y la incertidumbre del ocaso:

Esposa, aquí la luz no falta:
hay una luna plena en tu honda mirada
y nacen al costado de tus ingenuos sueños

⁹ Carmelo Rodríguez Torres, “Difícil soledad”, *Bayoán*, número 25, 1967; p. 7.

adolescentes cunas de niñez escapada.
La mesa, cuatro sillas, la cama de madera,
todo dispuesto al justo mandado de tu alma,
las paredes del centro del pensamiento mío
violadas por el humo de tu frente cansada.
Aquí la luz no falta: la lámpara del cuarto,
el cirio de la mesa, el sol de la ventana.
Y tú has entrado esposa cuando la luz se iba
y sobre las cortinas la luz era tan ¡vaga!
Cuando me llama un niño de un aposento único
se dibuja en tu carne un amor de lactancia,
y me tiendes las redes del amor cotidiano
y la casa suspira como planta descalza.
Esposa, aquí la luz llegó hasta siempre:
hay muchas soledades, delicadas distancias,
aposentos hundidos en luces permanentes,
y la mesa me dice que me hace ¡tanta falta!¹⁰

Luego, los dieciocho poemas que hemos observado en la revista *Mester* incluyen tres que pertenecen al libro *Minutero del tiempo* y dos que formaban parte del volumen inédito *Incisos y tropezones*. Son poemas que se apartan de la lucha patriótica y de la protesta social que caracteriza, en buena medida, a los otros poemas del conjunto.

“Yo soy una criatura de mis ansias” (*Minutero del tiempo*) se mueve de la poesía comprometida y social a la íntima búsqueda del cuestionamiento metafísico, atravesado del pensamiento filosófico existencial. Sin embargo, se trata de un existencialismo religioso, simbolizado en el *Requiescat in pace* que se extiende por siglos, casi plegaria o ruego a la divinidad, donde la duda sobre el ser queda en una pregunta abierta a la omnisciencia de Dios, quien permanece silencioso, cerca del tema central que anima al libro de Francisco Rojas Tollinchi (1911-1965), *El silencio de Dios* (1956). Ante tal silencio en la pregunta retórica, que surge de una certeza minada por la duda sobre el ser, la respuesta queda en la mismidad como productora de lo humano:

Yo soy una criatura de mis ansias.

¹⁰ Carmelo Rodríguez Torres, *Bayoán*, número 26, 1967: p. 7.

–Único reflejo del deseo,
dolida imagen de mi pensamiento–.
Yo soy el mítico recuerdo de la lejanía...
El primero de los vástagos llorosos.
Yo soy un R. I. P. detenido en varios siglos...
Soy... ¿Qué soy, Señor?
¡Una criatura de mis ansias!¹¹

“Caminos” (*Minutero del tiempo*), mucho más críptico y de difícil acceso, apunta a una intimidad en la cual el ser se diluye en imágenes que no conducen a una semántica exacta. La irracionalidad de las imágenes destaca un sujeto que se sabe en una dirección sin derrotero, entre opuestos, pero en un estado de sufrimiento o de llantos que contrastan con los cielos interiores de los anhelos. Sorprende que el sujeto lírico –alejado de todo compromiso político– se diluya en un deseo de encarcelamiento en lo profundo de sí mismo, solipsismo en el cual no se destituye el imperio del tiempo –como señala el título del libro– sobre la existencia:

Mis manos son caminos de rocíos,
estepas de crepúsculos y albas,
ensueños que serpean de recuerdos,
en mi camino de lágrimas.
Yo tengo ansias de tejer prisiones
en los espacios de mi alma,
junto a la hierba fresca y sonriente
de un mañana.
¡Camino de no sé qué cielos míos:
de lágrimas y albas!¹²

Con gran reminiscencia del poema de Juan Ramón Jiménez (1881-1958), “El viaje definitivo”, Rodríguez Torres hila uno de sus poemas de *Minutero del tiempo*, titulado “Y saldrán los soles rompiéndome las sienes”, también publicado en *Mester*. Los puntos suspensivos, la conjunción Y inicial se reiteran en ambos poemas, igual que los pájaros entendidos

¹¹ Carmelo Rodríguez Torres, “Yo soy una criatura de mis ansias”, *Mester*, año I, número 2, 1967; p. 12.

¹² Carmelo Rodríguez Torres, “Caminos”, *Mester*, año I, número 2, 1967; p. 12.

como emblemas de la felicidad íntima y permanente, el futuro indeleble de la muerte segura y la desaparición del sujeto frente a la inminencia de los soles que siempre saldrán. Todos son elementos que apuntan a esa imagen del ser transitorio frente al mundo que permanece, ilusión que no se asegura del todo –pues el mundo material también se va desintegrando en el dominio del tiempo–. Sin embargo, los animales y las cosas inanimadas se aparecen al ser humano sin la posibilidad de la existencia o de la conciencia del paso del tiempo, como en la mejor poesía de Rainer Maria Rilke (1875-1926), vertida en las *Elegías del Duino* (1912-1923). Hay en el poema de Rodríguez Torres una conciencia de ser parte de la nada, pero, a su vez, de ser un conglomerado de ansias y esperanzas. Se trata de la disyuntiva de la vida equiparada con el paso del día –del instante en contraposición a la eternidad, de la conciencia del tiempo:

...Y saldrán los soles rompiéndome las sienas
(frutos de atardeceres trasnochados)
y me veré yo –fragmento de la nada.
¡Entre un puñado de ansias!
Y los pájaros me dirán con un dolor lejano:
hijo del mar,
fauno de las aguas tuyas.
Me dormiré en la fuente de los días,
me detendré en el rayo de un crepúsculo.
...Y saldrán los soles rompiéndome las sienas.¹³

Por otro lado, “Antilla” presenta el tema de la indigencia en el ámbito del trópico. Filtrado, posiblemente, a partir de la militancia marxista que se distingue en mucha de la poesía de esa época, el discurso poético asume el acto combativo y de protesta social contra la amenaza de la política imperialista de Estados Unidos en Puerto Rico y el Caribe. Los elementos más dispersos de la cultura culinaria y del sistema de producción asalariado se aúnan en un reclamo de las palabras tras la libertad. El encabalgamiento “A solas nos estorba la palabra / libertad. No existe todavía” marca un consciente proceso de equiparación entre la palabra poética, la palabra común y corriente y la palabra “libertad” trastocada por la eminencia de

¹³ Carmelo Rodríguez Torres, “...Y saldrán los soles rompiéndome las sienas”, *Mester*, año I, número 2, 1966; p. 12.

la necesidad económica: dólares, seguridad, barcos, emblemas de la asimilación política, la pérdida de la identidad y, a su vez, la asimilación de la modernidad y la entrada de Estados Unidos a Puerto Rico o de Puerto Rico a la liga de estados del norte. Sobresalen, como en la poesía de Pablo Neruda (1904-1973) expuesta en *Canción de gesta* (1960) contra el gobierno de Luis Muñoz Marín –la mutación del nombre de Puerto Rico en “Puerto Pobre”–. A su vez, las metamorfosis de palabras a partir de la paronomasia o semejanza de vocablos casi idénticos sirven al propósito de convertir la Antilla en Astilla para el fuego de la destrucción o de la subversión. Del mismo modo, Puerto Rico se transforma en Puerto Erizo y en Puerto Gringa, con la revuelta gastronomía que alimenta la satisfacción momentánea del estómago y obliga a doblar el lomo en el trabajo pesado (cemento y varilla) de un edificio inseguro, levantado a fuerza, en trágica sustitución de la comida por el tabaco, el café sin azúcar (puya) y el ron “cañita”, identidad terrible de la isla. El verso final subraya la realidad que se pretende erradicar, la mentida de la antilla inmersa en un proceso económico que transforma el Puerto Rico en Puerto Expira, un documento inútil ya caduco e inútil que insiste y se convierte en la oscuridad en la memoria:

Hay una vaguedad en este trópico
 hija del corazón de las antillas,
 mirada de reojo se hace miedo,
 y de perfil: algarabía.
 Y todo es hambre de llenarse a plomo,
 de llenarse la mente y la barriga,
 con los gruesos lingotes de la zona
 templada. ¡Ave María!
 A solas nos estorba la palabra
 libertad. No existe todavía
 el dólar, la seguridad,
 los barcos... Errónea mercancía:
 los hombres cuando piensan con la boca
 empieza a caminar con las rodillas.
 ¿Antilla? Astilla. Leña para
 la hornilla. Y en este Puerto Erizo
 tan campante sangrándose la pipa
 del tabaco y el puya y el tacho

de la caña: cemento y varilla.
Hay una oscuridad en la memoria...
¿Antilla? Puerto Gringa,
tomates, pan de sándwich,
carne fría,
envuelta en libertad
como una lata de salchicha.
¿Somos pequeños? ¿No tenemos nada?
Acaso en las montañas
una fácil minería.
Hay una vaguedad en estos trópicos;
¡caramba!, y es la mayor mentira
que no se atreve algún desconfiado
a mirar hacia arriba,
con los puños crispados y los calzones
puestos en la cintura.
¿Antilla? Mentira, Puerto Expira.¹⁴

En ese mismo volumen, se publicó el poema titulado “Yagrumo”, en el cual el yo lírico apostrofa al árbol solitario y mal tratado por la necesidad del ser humano. Esta oda –si seguimos la definición poética que ensayan Antonio Machado en “A un olmo seco” y Pablo Neruda en sus ya famosas *Odas elementales*– se detiene en conversación con el objeto exaltado para señalar la metamorfosis de lo natural, libre y seguro, en un objeto ya maculado por la mano del ser humano, cuyo paso por la tierra implica la destitución de la paz y la amenaza de la destrucción del planeta. En ese sentido, este poema es una arenga ambientalista, como se observa desde el lema que lo acompaña:

En Hoyo Mulas, Carolina,
bosque de cemento.

Ya no hay mañana, amigo, te has quedado ¡tan solo!
parece que te hicieron para vestir montañas,
y te han llenado el cuerpo de piadosos desnudos

¹⁴ Carmelo Rodríguez Torres, “Antilla”, *Mester*, año I, número 3, 1967; p. 3.

por donde el cuerpo abierto suelta su voz y canta.
 La torre de los cielos es otra, nube y polvo
 echada sin respeto por tu grave garganta,
 y la canción del ave en tus hojas de hierro
 hierve desde los cerros –ruiseñora guitarra.
 Se dan en varios tonos las crueldades, ¡no grites!,
 para tenerte preso han cegado las zanjas,
 han llenado los troncos de huecos familiares,
 y han mudado las reses a otras yerbas más sanas.
 Por las corrientes limpias se anuncian otros puertos
 de raíces y llagas, duras como las trampas
 que aprisionan el cuerpo, y se inundan de recios
 portones y aldabones, cuadrángulos y casas.
 Parece que han perdido el corazón los hombres.
 (A veces pienso en hojas mi dualidad agraria.)
 Han dejado en la tierra tu vertical frontera
 como tributo al hombre que te olvida y te mata.
 Solo, desde la cumbre, amigo, varios años,
 a la intemperie pasas, mudándote la cáscara,
 y llenándote el vientre con hilos de quebradas.
 Por Dios, amigo mío, tu soledad me tiene
 pensando en el pecado de haber hecho mi casa
 en los mismos talones donde estaban entonces
 aquellos ruiseñores amigos de la tala.¹⁵

Al lado de estos poemas de fuerza lírica, se desliza el poema de ocasión, titulado “Elegía”, dedicado a Ángel Gilberto Rivera. Fechado el 13 de octubre de 1967, responde a la muerte del padre del apostrofado y expone un machismo innecesario en versos como los que siguen: “Yo no puedo llorar, yo soy un macho / pero con hemorragia de ternero, / y no he podido soportar el fuego / de esta lágrima mía, de este llanto”¹⁶. Más sólido resulta el poema titulado “Caribe”, que sigue la tendencia de los poemas anteriores. Igual que “Antilla”, vuelve sobre la imagen de un Caribe y de unas Antillas en sufrimiento, cercano al *Cuaderno de un retorno al país natal*, de Aimé Césaire (1913-2008). Del mismo modo que

¹⁵ Carmelo Rodríguez Torres, “Yagrumo”, *Mester*, año I, número 3, 1967; p. 6.

¹⁶ Carmelo Rodríguez Torres, “Elegía”, *Mester*, año I, número 5, 1968; p. 6.

el poeta surrealista de Martinica, Rodríguez Torres se vale del feísmo y de las imágenes de estancamiento y humedad en las tierras tropicales para dar cuenta del detritus y del sometimiento de las tierras natales a sistemas opresivos. Hay, además, en el poema de Rodríguez Torres, una reminiscencia del requerimiento que Luis Palés Matos lanzaba contra el amodorramiento de la sociedad en la tierra “estéril y madrastra”, sobre todo en la necesidad de despertar al país del adormecimiento intelectual en que se encontraba. Ruscalleda Bercedóniz ha observado reminiscencias del aburrimiento y del cotidianismo palesiano en los “Poemas de la vida media” a partir del “Inciso VI” (23). Además, existe en el poema que nos ocupa la imagen naturalista del cuerpo enfermo como símbolo de la sociedad a la cual hay que inocular un antídoto, la cual se observa en el catarro que aqueja el sistema respiratorio aturdido y asediado por la acumulación de basura en las aguas del mar que circundan la isla. Más aún, se percibe la nada –la indigencia– como estado de *yecto* de la sociedad estancada, como en el poema titulado “Pueblo”, del mismo Luis Palés Matos, que pasaría a formar parte del libro *Tuntún de pasa y grifería* (1937). Es en ese poema donde el yo lírico anhela la piedra que remueva las aguas muertas, del mismo modo que aquí en “Caribe” se anhela el grito desde el agua y desde la tierra, ya con caracteres patrióticos y libertarios. El yo lírico se dirige al Mar Caribe para insistir en la tensión entre la podredumbre que acumulamos en las aguas, coincidiendo con la podredumbre política que implica la presencia de la Marina de los Estados Unidos en la isla municipio Vieques. Ya no se trata del Mar Caribe que mecía nuestra cuna; ahora es el Mar Caribe usurpado, traducido a la lengua del imperio, convertido en basura y litorales con sargazos que semejan escaras:

Basura sí. Salitre y sal en llamas.
Asco en los litorales, repugnancia
aceitosa y trasquilones de sargazales
llagas.
En cuatro puntos mar, no es suficiente
tu catarriente pasmo, te hace falta
un grito desde tu propia agua.
Un grito desde el fondo de la tierra
envuelto en fango y hierva el alma

y se rompan los muslos de las piedras;
 un sobregrito en tierras antillanas.
 Deja ya tu secreto, Mar Caribe,
 olvídate del jefe, ésta es tu casa,
 rompe tus relaciones exteriores,
 enseña ser puertorriqueña el agua.
 Agua de tu nación, la de esta tierra
 que te llena de orines y de latas.
 Porque, mar, hay vapores y petróleo,
 azúcar y café y algunas armas.
 Pero son misticismos e ironías,
 nosotros nunca hemos tenido nada.
 A cambio de tu azul monotonía
 te damos hierros viejos, y chatarra,
 porque nunca hemos visto que tu cuerpo
 se merezca otros premios, sino tapas
 de drones viejos, baldes sucios,
 desperdicios humanos y cachaza.
 Si cruza algún barquito te enfureces,
 y estás contento con tus mil barcazas
 y te olvidas que somos tus hermanos
 cuando enciendonos agua en nuestras casas.
 Cuatro puntos de mar, cuatro de buques,
 cuatro puntos de gloria americana,
 Caribe tropical, U. S. Caribe,
 Caribe Marines Corps, es nuestra tu agua.¹⁷

Un poema de carácter jocoso, titulado “Elegía al sato de mi barrio”, se distingue del resto de los poemas ya expuestos, donde el tema de la indigencia y el anhelo de reivindicación otorgan a los versos solemnidad y seriedad. Vale la pena observarlo para percatarnos de la capacidad del poeta para tratar temas comunes y corrientes en versos tradicionales. Aun cuando se trata de un poema jocoso, Rodríguez Torres aprovecha la comparación entre el perro sato de su barrio y el perro “de raza”, entre los cuales se simboliza la pugna del burgués y el indigente en una sociedad consumista:

¹⁷ Carmelo Rodríguez Torres, “Caribe”, *Mester*, año I, número 5, 1968; p. 8.

Ser canino es al fin una ventaja,
porque al canino se le estima en creces
le perfuman el alma y el pelaje,
y se pueden reír de diente a diente.

Ser canino es un sueño, se ve a legua,
Lo bañan desde el cuello hasta las patas,
Lo trillan en un carro diariamente,
(¡Dios libre que haya pulga o garrapata!)

La carne del canino está segura,
la traen del mercado en grandes latas,
y la cuecen, la guisan, la calientan,
y luego se la sirven en su casa.

El canino es un niño, el heredero,
se le permite hacer todo en la sala:
dejar un regalito en las esquinas,
y alzar sobre los muebles una pata.

Ser canino es al fin una ventaja,
pero ser puro perro, pura raza,,
tener líneas de sangres extranjeras,
y haber costado en efectivo, plata.

Porque al sato del barrio no lo llaman:
le gritan, lo estropean, lo acorralan;
al sato de mi barrio lo acarician
las viejas pensionistas con la pata.

Y ser sato de barrio es una pena,
humildemente muere en su carrera
detrás del multisexo de una hembra,
que en lenguaje de sato es una perra.¹⁸

¹⁸ Carmelo Rodríguez Torres, "Elegía al sato de mi barrio", *Mester*, año II, número 9, 1968; p. 17.

“Cárcel cerrada”, poema de timbres menos intimistas, combina la preocupación del ser con la insistencia en la reivindicación de lo humano. El sufrimiento que ya se capta en el poema titulado “Caminos” como definición del ser es aquí extendido a la lucha por el pueblo, en línea directa del socialismo, que se filtra en el uso de la palabra “camarada”. La entrega del sujeto lírico en la lucha por los oprimidos acerca este poema de Rodríguez Torres a la visión del poeta como defensor de los derechos de los oprimidos en la poesía militante de Pablo Neruda. La lucha política se filtra en los “idiomas postizos” opuesta al “hambre nuestra”, que apunta a la esencia del ser puertorriqueño. La imagen final del buey gritado en el cerro y encerrado en una cárcel única se puede captar, a su vez, en “la tierra” encerrada entre dos comas, como una cláusula impotente:

No es justo que se siembre la rodilla
en el hierro secreto sin llorarla,
hiriéndola en el centro de los pasos
sin crearle horizontes, sin nombrarla.
Sin seguirla llamando compañera,
hermana compañera, camarada.
No me llames a mí culpa o espía
en esa dobladora lucha santa,
porque descubro tu dolor en sombras
o porque bebo en tu quietud amarga.
Después de ti los niños de la calle,
el estaño bendito de las armas,
el tibio lodo, la cumblera tibia;
los pisos rotos, risas orinadas...
Después de ti la gravedad del hombre:
del hombre y la mujer crucificada
que caminan vendiendo su equipaje
por la ciudad secreta, arrodillada.
Después de ti nos quedan los postizos,
los postizos idiomas y la rabia
de saber que tenemos hambre nuestra
y una ingenua quietud en la garganta.
Después de ti, la tierra, nuestra tierra
sembrada a la sazón como Dios manda,

pero gritada como el buey del cerro
en esta cárcel única y cerrada.¹⁹

“Carta al abuelo” enhebra endecasílabos asonantados en los versos pares entre los cuales a veces se filtra un heptasílabo. Señala a la universalidad que el tiempo y la certeza de la muerte dan al ser humano y lo definen como ser en el tiempo, pero también como ser en relación con los objetos y animales de la tierra amada. En los versos iniciales, se contraponen la naturaleza a los adelantos tecnológicos, a la modernidad. Igual que el río, el ser humano asume la vida como un viaje a través de la tierra. Sin embargo, ya tiene en el germen de la modernidad que lo ha ido deshumanizando. Esa primera sensación de angustia existencial universal se va restringiendo y limitándose al espacio íntimo de la casa campestre en la cual se siente la patria como espacio de felicidad en el ocaso, tanto del día como de la vida de los abuelos:

No corre el tren. El agua corre honda
por la vía profunda de la tierra.
Los hombres son los mismos pero tienen
un alma de metal, sueños de piedra.
La huerta tiene el mismo piso duro.
El tiempo va mudando aquella cerca
que sembraron tus puños sobre el río
y le han cegado ya su inmensa cuenca.
El asno y el caballo los hicieron
solitarios andamios de la tierra
que da al poniente.
Tu perro blanco espiga con la hierba
un sueño de dolor; y tu vaca arde
en las cenizas de la joya vieja.
Al molino lo mueven los insectos,
tiene polvo y olvido en ambas ruedas,
(y tú decías que tenía hierro).
A nadie le preocupa, sólo a ella,
que se llena de amor cuando lo toca

¹⁹ Carmelo Rodríguez Torres, “Cárcel cerrada”, *Mester*, año I, número 1, 1967; p. 8.

con el recuerdo de una esposa vieja.
 Hay una cosa que se limpia y cuida,
 con esmero y pasión, como una perla
 que la abuela conserva como un triunfo
 y en dulce castellano deletrea.
 Está en tu cuarto, frente a la ventana,
 y la abuela dice: “Esa es su bandera”.
 Entonces entra Dios en esta casa,
 crece la luz sencilla de una estrella...²⁰

Uno de los mejores poemas de Rodríguez Torres se titula “La luz filtrada y consentida”, surto en el mar de la desolación que implicó la Guerra de Vietnam, a la cual tuvieron que asistir muchos puertorriqueños. Ese conflicto que representó la más aplastante derrota de Estados Unidos frente al régimen comunista implicó un desarraigo del puertorriqueño obligado a marchar contra un enemigo que nunca debió serlo, conllevó la separación de la familia y el alejamiento del lar nativo con la consigna de la incertidumbre y la cercanía de la muerte. En el poema de Rodríguez Torres, se contraponen la felicidad de la casa paterna en el campo que alberga al hijo que ha regresado de la guerra con la desolación que implica el último paréntesis en el cual otro de los hijos sale hacia la guerra. Las imágenes de la paz, la luz “filtrada y consentida” que asume la forma de la casa y se extiende a toda la comarca, implican la impotencia de los padres –de la familia puertorriqueña– ante el sistema del servicio selectivo y la adversidad de la suerte. Permanecen en la incertidumbre de lo que sucederá. En este caso, la llegada de un hijo contrasta con la partida de otro, con lo cual el ánimo que permea toda la conciencia es la “esperanza torturada” que surge de un destino incierto:

La luz filtrada y consentida
 tiene la misma forma de la casa.
 El sueño hace dormir. Feliz reposa
 el buey, la madre vaca
 como una estrella en cielo bajo
 huele a galaxia solitaria.

²⁰ Carmelo Rodríguez Torre, “Carta al Abuelo”, *Mester*, año I, número 1, 1966; p. 6.

Hay senos de humo
en esta noche larga.
Una alegría humilde
nace en los interiores de la casa.
(Ha regresado de Viet Nam el hijo.)
Mamá huele a café, papá descansa.
En horabuena el quinqué quema la noche.
¡Cómo crece la vida en el dolor
y al final hay esperanza torturada!
Una música redonda en la mejilla
nace. Habla la mirada.
(Por el mismo camino de regreso,
salió otro hijo esta mañana.)²¹

Con esa persistencia de un motivo musical que se repite y que retorna, la casa parece ser el tema central de este poema de Carmelo Rodríguez Torres. En “Contrario a este dolor crece la vida”, vuelve a ser la casa el espacio de la voluntad poética. ¿Cuál será el dolor opuesto a la vida que continúa? Es posible que se trate de la guerra nuevamente, de la pérdida del hermano muerto, pero también de la presencia de los dos hermanos vivos que regresan. Como una esperanza y fe en la vida, el dolor se minimiza, aunque no deja de ser dolor:

Contrario a este dolor crece la vida,
hermano veinte años bajo polvo,
la voz pensada en ti nos quita ira,
escultor peregrino sin otoño.

Sembraste, sembrador detrás del patio,
los pinos de la tarde y de la aurora,
tienen ramas de Dios como tus manos,
(no hay en la casa un ansia segadora).

Contrario a este dolor crece la vida,
hay dos hermanos más entre nosotros,

²¹ Carmelo Rodríguez Torres, “La luz filtrada y consentida”, *Mester*, año I, número 1, 1967; p. 7.

también les hiere esta sencilla herida,
comen el mismo pan y aún van al pozo.²²

“Soneto” es un poema en el cual el yo lírico apostrofa al puertorriqueño en abierto cuestionamiento de la venal actitud ante el dinero norteamericano:

¿Por qué te has preocupado, prisionero,
de la venta en “special” de tu idioma,
si no te has sorprendido del axioma
que lleva tu bolsillo en buen dinero?

¿Por qué te espantas de la fácil doma
que ha hecho el yanqui de tu gallinero,
si has sido inútilmente el pordiosero
de la paz que predica la “paloma”?

Todo ha sido producto del cariño.
Valen más por ti cinco centavos
que el amor a tu gente, Puerto Niño.

Y es que has nacido, al fin, pueblo de esclavos,
arreguindado siempre a los corpiños
chupándote la hostia de los chavos.²³

Del libro *Incisos y tropezones*, el “Inciso VI” reclama, como en la narrativa de Rodríguez Torres, la liberación de su pequeña tierra mágica: Vieques. En versos conversacionales dirigidos a la Isla Nena, el yo lírico va desmitificando la imagen de la isla bella, del paraíso turístico, para adentrarse en la realidad del sufrimiento angustiante que lo atormenta:

Vieques,
sección del área este
sobre el mar:

²² Carmelo Rodríguez Torres, “Contrario a este dolor crece la vida”, *Mester*, año I, número 1, 1967; p. 7.

²³ Carmelo Rodríguez Torres, “Soneto”, *Mester*, números 10-11, 1969; p. 4.

Acá se cuenta, amigo, sobre tu personalidad,
dicen que eres hermoso y que en tus costas
se come de lo lindo, se habla buen inglés,
que tus humildes hombres son buenos convecinos,
y hasta comentan luego de tu hospitalidad.
Hay otros que no saben dónde están tus esquinas
y confunden tu nombre con ciertas palabrejas;
tu nombre suena a cheque, a veces a machete,
y he visto algunos tontos de regia biblioteca,
inventarse la ruta de tu corta existencia,
comentando de ti.

También, amigo pueblo, dicen los agoreros
que el duro simulacro de tu serenidad
es propio de los pueblos que viven alejados,
pero que al fin y al cabo esto es seguridad.

Sigo los comentarios de distintos sectores:
en San Juan he contemplado con mucha seriedad
palabras sin fronteras, sabrosas y exquisitas:
en la Universidad.

Y también he leído que el Vate de Collores
en frágiles versos le cantó
a Cayita, la hija de don Pepe,
que si mal no recuerdo se murió.

La prensa me ha enterado que muy recientemente
ciertos grupos de presión
se opusieron con manos y con dientes,
a que la Marina, ingenuamente,
les quitara un terrón.

Otras cosas he visto, otras las he leído,
y a veces en la plaza me he comunicado
con algún vecino,
que recién venido de allá

me ha dicho que por lo reducido
del espacio, amigo mío,
están aprendiendo a gatear.

Se cuenta que la gente viaja mucho
a las Islas,
a San Thomas, y a Santa Cruz,
porque como no hay trabajo
están en tu suelo de vagos,
¡Jesús!

Nada se cuenta de tu historia,
y no se menciona ni por jugar,
que entre tanta tierra caliente
tus nueve mil habitantes
no tengan una central.

Olvidan, seguramente,
que tu juventud,
al terminar los estudios
en la escuela superior,
se los traga gravemente
la suicida y maloliente
cámara de Nueva York.

La prensa no ha publicado
en aspectos del amor
nada que valga la pena:
que un marine violó una nena,
que un sargento en Punta Arenas
le robó la esposa al postgater,
y ya tú ves,
nada de valor y veras,
el pueblo está como es.

En estos días he estado
sumamente preocupado

porque leí,
y me ha dolido intensamente,
que tu querida y buena gente
se haya olvidado de ti.

Me duele, sinceramente,
que un brote de independencia
sacuda sin clemencia
la raíz de tus matrices,
¡por favor!

Cosa mala es esa plaga,
escucha bien:
no dejes caer la “flaga”
de la Unión.²⁴

Sigue la misma tendencia conversacional en el poema titulado “Tropezón III”, dedicado a Ángel Hodge, y, en clara tendencia de lid por la libertad patria, enarbola un canto a la bandera:

Con el permiso, majestad, si puedo,
voy a desengancharla,
quiero escribirle una canción a mi bandera,
y usted no puede escucharla.

Qué bien chiringa mía,
potranca encampanada,
mano puertorriqueña
te sostiene en la raya.
Te cosí por estrella
azulosa navaja,
y te he puesto en el alma
cinco recias espadas.

²⁴ Carmelo Rodríguez Torres, Inciso IV, *Mester*, año II, números 10-11, 1969; p. 7.

La cuerda en que te tengo
está hecha de balas,
y en la cola he colgado
una humilde metralla.

Que te griten ahora
“criolla maltratada”,
para que le detengas
la voz en la garganta.

Perdón, multiestrellada, suba ahora,
condesa americana,
rime su voz inglesa en nuestra tierra,
al lado de su hermana.²⁵

En ese mismo volumen de *Mester*, se publica de Rodríguez Torres el poema titulado “Epístola para una Generación”. Dista del poema anterior, que se caracteriza por lo conversacional y prosaico. Sin embargo, guarda todavía ecos de la lucha política por la soberanía y un carácter histórico que marca el gesto de su generación. Hay en Rodríguez Torres una conciencia de grupo generacional con proyectos sociales de rebeldía que se reflejan, a su vez, en la preferencia por el verso tenso, con ausencia de ritmos tradicionales y de imágenes sublimes, apegado a la palabra exacta y a la rebeldía frente al “statu quo”. Es posible que la errata en la escritura de la frase latina “status quo” sea un giro lingüístico dirigido a establecer un vínculo entre el estatus político y la situación social específica de Puerto Rico en ese momento, su “estado de cosas”:

Para los hombres que murieron vivos
en una Generación de promesas,
enraizada en el deber
y frutecida en el espanto.

Hay después de la vida del grito y la palabra
un duende misterioso que perdura y, por las dudas,

²⁵ Carmelo Rodríguez Torres, “Tropezón III”, *Mester*, año II, números 10-11, 1969; p. 11.

genio de la vagancia, señor de aristocracia,
hombre de tibia hechura que vacila y pendula.

Sorprende ver ahora después de poco tiempo
la fuerte diferencia de ustedes, ayer,
cantaban el poema del siglo en alabanzas
al indio, al caminante, al pobre y al batey.

No hubo discrepancias en metas concebidas,
todos crearon para la posteridad
aliento de profetas, mística de caciques,
pero se les murió la sinceridad.

Vibró España en sus versos, hubo soberanía
en la multiestrellada realidad,
creció la llamarada de protesta valiente,
y al cabo se les apagó en la vaciedad.

La diestra de don Pedro fue cuna de la idea,
y en los pañuelos de la integridad
cambiaron los colores leales de patriota,
y cerca de los jueces que amaron la derrota
fueron los mismos jueces de la propia hermandad.

Quedaron las revistas, testigos de la duda,
por suerte, recuerdos de la verdad,
y una labor encinta de poesía y novela
que andando justamente por ellos no revela
la trunca aurora agraria dada a la humanidad.

Se perdieron los bueyes, los reyes de la sierra,
y la clemencia agrícola y el dolor del que grita,
y el sajonio vestido dominó en el paseo
y se acomodó para siempre al pie de la cuchilla.

Creyeron en el líder que se les vino encima,
y le prestaron atención,

esa fue la ignorancia, les faltó disidencia,
lo amaron como un duje en reverencia,
y se los tragó la humillación.

Y aquellos que creyeron en la verdad entera
la partieron de pronto en gigantes silencios,
y, perdón, no les queda
un humilde recuerdo del comienzo.

La nueva burocracia se tragó las ideas,
la muerte entró en la boca de la Generación,
y no hubo discrepancias, aplaudieron al vuelo
la gracia presentista de nuestro “status quo”.

Hoy son los responsables, ustedes, genearadas,
de la prensa, la radio y la televisión,
de libros y revistas que gritan dulcemente
secretos innostrados de la Unión.²⁶

En los poemas titulados “Cuba” y “Santo Domingo” respectivamente, se percibe el espíritu de antillanía que reverbera en nuestra poesía desde la poesía modernista –sobre todo con Luis Lloréns Torres–, aunque pueda verse desde el romanticismo de Lola Rodríguez de Tió y Francisco Gonzalo (Pachín) Marín. El primero tiene carácter combativo antimperialista. Sobresale la imagen del gorila para referirse a los Estados Unidos. El poeta solicita la forma de subsistir frente al embate político que se equipara con el simio:

Cuba, me llegas al pecho,
me ahoga tu maravilla,
dime cómo crece el alma,
cómo se mata un gorila.
No me señalan tu cuerpo,
eres tabú, brizna, hormiga,
cómo se calla un gorila.

²⁶ Carmelo Rodríguez Torres, “Epístola para una Generación”, *Mester*, año II, números 10-11, 1969; p. 12.

¿Qué dirán de ti en España,
en Francia, Japón, en Suiza?
¿Es verdad que a los valientes
llaman cobardes, Antilla?
Tu cuerpo se pierde en formas,
tu silencio es parafina,
del Norte me llegan voces
grises, oscuras, indignas.
Tú que trozas los gigantes,
quieta en el mar, en ti misma,
envíame un telegrama,
quiero matar un gorila.²⁷

En “Santo Domingo”, se insiste en la similitud entre Puerto Rico y República Dominicana, contrarios a Cuba, debido a la misma condición servil frente a la política estadounidense:

Cuba, Puerto Rico y tú
nacieron para la angustia.
Tú, miedo por libertarte;
libertada en guerra, Cuba.
Puerto Rico, hiedra de almíbar
en la pared que lo endulza,
trepa tranquilo hacia el Norte,
mientras el Norte lo chupa.
Santo Domingo, corriente
de sangre antillana y mustia,
se te va la vida en llantos
de obediencias y disculpas.
Tu pueblo doblado y muerto,
no levanta su figura,
no clava un puñal al aire
y pone fin a esa bruta
delicadeza del miedo
en una forma absoluta.

²⁷ Carmelo Rodríguez Torres, “Cuba”, *Mester*, año II, número 12, 1969; p. 8.

Van por ambas direcciones
Puerto Rico y tú, no Cuba,
inclinándose hacia el Norte,
mientras el Norte los chupa.²⁸

En la revista *Versiones*, se publicó de Rodríguez Torres el poema titulado “Lo escribió Corretjer”, dedicado a Jorge María Ruscallada Bercedóniz. Podríamos considerarlo un poema de ocasión, incluido en el homenaje que esa revista dedicó al gran poeta de Ciales. Se trata de uno de los mejores poemas de Rodríguez Torres, amparado en la rítmica letanía de versos pares rimados en asonantada melodía que marca su carácter épico tras la lucha por la independencia de Puerto Rico, por la cual luchó Juan Antonio Corretjer:

Lo escribió Corretjer líricamente
con el hilo punzó de su agonía:
La sangre en huelga, está desde hace tiempo,
y hay que hacerla gritar sin cobardía..
El pueblo en huelga está, la gente en huelga,
con un dolor caliente en las heridas,
una sombra de roca entre las manos
y un calendario gris en las encías.
Y lo escribió el maestro con su sangre,
recordando la escasa mayoría:
el simple titular de nuestra prensa,
una helada invasión: la guerra fría.
Puso de pie los héroes, las espadas,
los hierros y las cárceles umbrías;
las botas, los camiones, las historias
y una cansada sensación de vida.
Las marmotas del Sur, pesadamente,
despiertan de su cruda pesadilla,
y en un Lares preñado de banderas
siembra nuestra República dolida.
Huelga en la tierra dura y machucada,

²⁸ Carmelo Rodríguez Torres, “Santo Domingo”, *Mester*, año II, número 12, 1969; p. 8.

en las calles de piedra, en avenidas,
en la moral social, en los machetes:
Grito de mar en nuestro mar Caribe,
la Triana de la sangre trae encinta,
el viento desbordado de igualdades,
y sus tetas son veinte carabinas.
Lo escribió Corretjer líricamente...²⁹

Años más tarde, el bisemanaio *Claridad* recoge en sus páginas el poema titulado “Panamá”, dedicado “Para Hilda y Mario Cancel”. Ahora se trata del carácter fraternal latinoamericano y la solidaridad con el país hermano, acosado por el “tiburón” estadounidense, como lo cantó Rubén Blades en su famosa salsa. Es la primera vez que se observa la frase “poeta viequense” para referirse a Rodríguez Torres:

Mi mano sobre tu hombro
y en tu cintura, mi voz,
en tu cintura de istmo,
Panamá: estaré yo.

Panamá, cuando tus balas
lleguen al pecho de dios,
el dios yanqui de ojos turbios,
Panamá: allí estaré yo.

Que los tanques que te humillan
se derritan, no tu amor,
amor caribeño y nuestro,
Panamá: toda valor.

Al barco que tú saludas,
Panamá, ponle una flor,
y a cada flor una bala,
Panamá: bala y honor.

²⁹ Carmelo Rodríguez Torres, “Lo escribió Corretjer”, *Versiones*, segunda época, volumen I, 1968; s. p.

A cada barco una enseña,
 la enseña del galeón
 que en los fantasmas del tiempo,
 Panamá: me dice yo.³⁰

Tal como se desprende de los poemas que hemos observado, existen en ellos dos vertientes: una que responde a la poesía comprometida, social y políticamente, y otra que se instala en la meditación ontológica y existencial. La primera es afín a uno de los proyectos de la revista *Mester*, tal como lo declara el Editorial del cuarto número en 1968, una oposición al arte por el arte o a la famosa torre de marfil del modernismo: “No creemos, decididamente, en la torre de marfil o, lo que es igual, en el llamado arte por el arte”.³¹ La segunda, más valiosa y eterna, aun cuando no se decanta por la torre de marfil, entendida en el contexto del romántico *art pour l’art*, del desentendimiento de lo social, se ocupa de la existencia humana, tema que en aquel entonces fluyó como un torrente con la influencia de los grandes escritores franceses Jean Paul Sartre y Albert Camus, sobre todo, pero que venía, también, a través de la vertiente existencial del danés Sören Kierkegaard desde el siglo XIX y de la angustia ante el vacío y el más allá, tal como se desprende de la poesía parnasiana –Leconte de Lisle– y que aflora en poetas como Rubén Darío –“Lo fatal”– y Juan Ramón Jiménez –“El viaje definitivo”–. Con esta última vertiente, Carmelo Rodríguez Torres se instala en una corriente de suma importancia con la cual trasciende las luchas políticas y panfletarias de muchos de los integrantes de su generación y la literatura que caracterizó las décadas del sesenta y del setenta en Puerto Rico.

Por aquellas vueltas que da la vida, ha llegado a nuestro Seminario Federico de Onís buena cantidad de los libros que pertenecían a la gran maestra Concha Meléndez (1895-1983), entre ellos el libro *Minutero del tiempo*, de Carmelo Rodríguez Torres, ejemplar autografiado y dedicado desde Mayagüez a 3 de mayo de 1973: “Para la Dra. Concha Meléndez –fino y delicado espíritu– ejemplo del más hermoso de los ministerios y del quehacer humano. A ella por toda su obra; por lo que vale, por lo que la quiero”. Un epígrafe de Pablo Hiram Rivera marca la pauta existencial y religiosa que

³⁰ Carmelo Rodríguez Torres, “Panamá”, *Claridad (En Rojo)*, 19 al 25 de enero de 1990; p. 17.

³¹ Editorial, *Mester*, año II, número 4, 1968; p. 1.

mueve esta poesía madura de Rodríguez Torres, organizada ya como una totalidad que aspira a la trascendencia. El epígrafe establece una lucha por cambiar el mundo, la obra de Dios a través del pensamiento. Cierta afinidad por la elevación y superación de la muerte se condensa en el título que funde el tiempo con el artefacto que intenta medirlo. No es de extrañar que Rodríguez Torres se sienta atraído por el existencialismo, que en Puerto Rico tuvo una expresión poética constante desde el trascendentalismo y su vertiente religiosa.³² Si el primer poema es una forma de poética que se aferra al anhelo de cambiar el mundo, como otro Dios de la palabra; si la poesía ahora se aleja de la nostalgia romántica que alguna vez captara la atención del sujeto lírico, ahora el verso se decanta por la angustia de lo incierto, de lo desconocido. La mano, símbolo de la creación, abarca tanto la creación del poeta y como la de Dios, muy cercano a la imagen del pequeño Dios de Vicente Huidobro, pero ahogada en la terrible realidad de la existencia entendida como temporalidad. Por un lado, el verso es una mano sucia, como si la compasión viniera acompañada del contacto con las cosas del mundo: “Este verso: crisol de carne y alma / rueda como una mano sucia en la mejilla” (9); por otro, es la mano de la divinidad: “Este verso: humo de una hoguera dormida / se me escapó ayer como mano de Dios” (9). El verso es, así, pugna entre lo etéreo y lo terrestre: “Mi verso va de espaldas a la nube / prolongando la bestia de lo eterno” (9). Sin embargo, lo que caracteriza al poeta es la incertidumbre. No sabe dónde está el verso, aun cuando lo define y lo ubica opuesto a lo alto, simbolizado en la nube. Es el tiempo esa continua preocupación del ser lanzado a la vida. En ese sentido, el existencialismo de Rodríguez Torres, aunque religioso a su manera, se enlaza con las ideas de Martin Heidegger expuestas en *El ser y el tiempo*. El ser humano es un ser-para-la-muerte, está lanzado en el mundo sin asideros trascendentales, está consciente de su ser temporal, de su ineludible ir hacia la nada. Así se capta en el segundo poema, titulado “El tiempo es un estanque con mil ojos de ranas”. El yo lírico se posiciona como un Narciso cuyo rostro ya no refleja su propia belleza, sino que las aguas del estanque le devuelven una mirada grotesca:

Todo tiene mi tiempo doblado en el estanque:
ladrillos y granito, ranas y croadores,

³² Para un análisis de esa poesía, ver Ernesto Álvarez, *Trascendentalismo y existencia en la poesía puertorriqueña*, San Juan, Ediciones Mairena, 2003.

sonrisas y amarguras, cieno gris y tristeza;
y mi pecho tendido en silencio salobre. (11)

Esta constante huida en el espacio hacia ningún lugar, esa amalgama de preguntas incontestadas, llevan al poeta hacia la inconformidad. El tiempo se le aparece como “una rúbrica helada en el alma inconforme” (10). Siempre la carencia, la orfandad del poeta, a través de su conciencia del tiempo, que le muestra la realidad de la vida: “El tiempo es una mecha de luz en la caverna” (10).

En el tercer poema, el yo se percibe a sí mismo como “fragmento de la nada” aquejado por el deseo, atormentado por la oscuridad que lo define. De ahí, la imagen de una desintegración de la cabeza del poeta al surgir la luz de los soles: “... Ya saldrán los soles rompiéndome las sienas / (frutos de atardeceres trasnochados) / y me veré yo –fragmento de la nada” (12).

Una figura mítica preside la metamorfosis del poeta. Proteo, el viejo dios marino, sabio profeta y vaticinador, cuya particularidad era la de poder transformarse en cualquier cosa, animal o elemento de la naturaleza para poder escapar (Grimal 456), es ahora el centro de la poesía, espacio de las metamorfosis en el devenir del tiempo. Dolor y silencio, pugna entre la fe y el escepticismo, entre la creencia en la divinidad y el ateísmo, risa y llanto, rigen la poesía, la existencia, como un “Dolor sin prisa”, como si el sufrimiento fuese la esencia de la vida humana. La poesía se desarrolla como la captación de ese sufrimiento: “Dolor que labra huesa en mi pellejo / y hace que mi silencio ande a remisa / como mi voz en este viejo tiempo” (23). En esa desventura cercana a la agonía existencial y humana de César Vallejo, se atisba un breve rayo de luz, un anhelo de tener a Dios atrapado en la palabra; pero esa dicha es solamente persistencia en la poesía entendida como una voz casi clamando en el desierto. Es la desolación del poema titulado “A veces...”, donde la certeza se contagia con la duda:

A veces el pensamiento que mordemos
entre sueños, ronca entre los labios...
y el sabor
de llegar un día a tener a Dios entrelazado
se hace ola gigante entre las burbujas
de la voz. (29)

La incertidumbre va declinando hacia la certeza de un tiempo que lo cubre todo con su poderío invicto sobre el ser humano. Así se percibe en el último poema del libro, como si la serpiente se mordiera la cola. El libro abre con un poema dedicado al tiempo y termina con otro que aborda el mismo tema. Sin embargo, del yo íntimo se extiende a toda la Isla —entiéndase Puerto Rico— bajo el peso de los cuatro siglos de agonía de su historia, muda como el poeta mismo agobiado por el silencio: “Toda una noche ayer y ya no hay tiempo / porque el tiempo estremece mi Isla muda” (48). La poesía pasa de un yo a un nosotros sumido en luto, precisamente en el poema que se titula “En velorio de Isla”, como si fuera la isla muerta, despoblada de héroes: “Este velorio: suma / de un ayer y de un hoy sin hombres / que rompan los futuros” (47). El tiempo vuelve a ser ahora la agonía de la colectividad, como lo era en el inicio del libro la agonía del yo individual. Solamente hay ayer y hoy, pero no mañana. El futuro sin esperanzas causa la angustia del poeta, quien lo observa como una tumba que nos aguarda: “Mañana: tumba / que nos espera” (47). Este cierre terrible de *Minutero del tiempo* tiene una modulación política atenuada, pero evidente, que acongoja al poeta, Carmelo Rodríguez Torres, para quien la libertad de la Isla resulta tan importante como la imposible escapada del ser humano frente a su mayor enemigo, el tiempo.

OBRAS CITADAS

- Déliz Piñeiro. “Atacando las barreras del prejuicio”. *El Mundo*, 20 de marzo de 1983; pp. 1B y 3B.
- Grimal, Pierre. *Diccionario de mitología griega y romana*. Traducción de Francisco Payarols. Barcelona: Paidós, 1981.
- Meléndez, Concha. *El arte del cuento en Puerto Rico*. San Juan: Editorial Cordillera, 1970.
- . “El cuento contemporáneo en Puerto Rico”. *Penélope o el otro mundo* 1.2 (1973): 5-11.
- Pedreira, Antonio S. *Insularismo*. Madrid: Tipografía Artística, 1934.
- Rivera de Álvarez, Josefina. *Diccionario de literatura puertorriqueña*, tomo segundo, volumen II, San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1974.

Rodríguez Torres, Carmelo. *Minutero del tiempo*. San Juan: Editorial Cordillera, 1965.

Ruiz Rivera, Víctor L. "Entrevista a Carmelo Rodríguez Torres". *Ámbito*, año I, número 1, 1978; pp. 4-6.

Ruscalleda Bercedóniz, Jorge María. "Índice integral de *Mester*", *Faro*, año III, números 6-7, (1983): 107-145.